

Las derechas extremas en las elecciones europeas

La derecha extrema europea es una familia política muy plural. No puede ser conjugada en singular, ni reducida a sus expresiones neofascistas o neonazis. Algunas de las organizaciones más importantes, que razonadamente podemos situar en ese campo amplio de la derecha extrema, se desmarcan de forma expresa de esa etiqueta, bien sea porque nunca han tenido que ver con ella, o porque han hecho o están haciendo un recorrido que las aleja de ella. Estas últimas, con pasados más o menos sulfurosos, hacen ese desmarque como a saltos, dando pasos adelante y hacia atrás, mostrando que desprenderse de sus adherencias más derechistas no es sencillo y cuesta un montón.

Un ejemplo reciente. Andreas Mölzer, dirigente del FPÖ de Austria, director de la revista *Zur Zeit*, que se suele considerar como la más importante de esa franja de la política en Europa, y que encabezaba la candidatura de su partido a las elecciones europeas, ha tenido que dimitir el pasado 8 de abril, después de unas declaraciones de corte racista hechas en el periódico alemán *Süddeutsche Zeitung*, en las que calificaba a la Unión Europea como un “conglomerado de negros” y que el “celo reglamentador de la Unión hacía que el régimen nazi pareciese un espacio de libertad”.

Para tener un grupo parlamentario después de las elecciones del 25 de mayo, les hace falta reunir más de 25 diputados y que estos provengan, como mínimo, de siete países de la Unión. A la vista de las encuestas sobre intención de voto y de los resultados que han obtenido algunas de ellas en elecciones recientes celebradas en varios países, parece que no van a tener ningún problema en sobrepasar ese mínimo de 25 diputados. Las elecciones europeas se celebran a una sola vuelta y con sistema proporcional, y con toda probabilidad habrá una gran abstención, lo que favorece a ese tipo de partidos con líderes carismáticos.

Pero pueden tener más problemas en conseguir que ese mínimo de 25 parlamentarios provengan de siete países distintos, lo que les está obligando a consolidar y renovar nuevas alianzas.

Por ahora, en realidad desde hace bastantes meses, sus esfuerzos se despliegan alrededor de la Alianza Europea por la Libertad. Ya en el año 2012, el 29 de septiembre, se reunieron en Chipre representantes del Frente Nacional de Francia, el *Vlaams Belang* de Flandes, el FPÖ de Austria y el U.K. Independence Party de Gran Bretaña. En esa reunión también participó como invitado Josep Anglada, de Plataforma per Catalunya, aun-

que las relaciones internacionales de este partido han solido transitar más por la vía de las corrientes identitarias, especialmente con el Bloc Identitaire de Francia.

El 13 de noviembre de 2013, en la Haya, Marine Le Pen y Geert Wilders, líder del PVV de Holanda, escenificaban ante la prensa europea la alianza de partidos de derecha extrema, nacional populistas y neopopulistas que quieren impulsar para las elecciones europeas del próximo 25 de mayo.

Más recientemente, el pasado 2 de abril, Marine Le Pen mantuvo una reunión con varios dirigentes del Partido Alleanza Nazionale de Italia, entre los que se encontraban dos de sus dirigentes más importantes, Gianni Alemanno y Giorgia Moloni, con vistas a formalizar el trabajo ante las próximas elecciones europeas. Alleanza Nazionale viene o es la transformación del Movimiento Social Italiano, que fue el primer partido neofascista italiano legalizado después del fin de la segunda guerra mundial, en el año 1946.

Hay quienes siguen considerando que estos partidos recogen fundamentalmente un voto de protesta, el de personas hartas con su situación, que les votan para ver si las cosas revientan por algún lado.

Sin negar que pueda haber algo de ello, creo que actualmente eso no es cierto y que, al contrario, su voto es mayoritariamente de adhesión, fundamentalmente de sectores sociales históricamente relacionados y votantes de la derecha tradicional, incluidos los trabajadores y trabajadoras, obreros y obreras que históricamente han votado a la derecha. Son esos sectores, a los que ahora se añaden nuevas generaciones que nunca han tenido un apego especial por las izquierdas, los que votan a una derecha más radical y extrema, neopopulista, xenófoba, que busca, entre otras cuestiones, la puesta en vigor de políticas radicalmente discriminatorias basadas en la preferencia o prioridad nacional, el cierre de las fronteras exteriores y la limitación de la libertad de desplazamiento en el interior de la Unión, especialmente para las franjas de trabajadores y trabajadoras más pobres.

Si después del 25 de mayo consiguen montar un grupo parlamentario, lo que todavía está por ver, será, ciertamente, un grupo minoritario en el conjunto del Parlamento Europeo. Pero no perdamos de vista que en ciertos temas, especialmente los que he citado más arriba, su capacidad para contaminar a de la derecha democrática tradicional, para desarrollar zonas grises con ella, va a ser grande, como lo estamos comprobando en diversos Estados europeos tomados por separado. Su presencia favorecerá la creciente rechazación de determinados grupos sociales en la sociedad europea, en particular de los sectores populares víctimas de lo que Gaël Brustier denomina pánicos morales, y otros, sentimiento de inseguridad ante una globalización que marcha a velocidad de vértigo, ininteligible para la mayoría de la gente, y considerada como no reconducible. Ello hace que, por desgracia, muchas ciudadanas y ciudadanos europeos acaben soñando con que sus países respectivos vuelvan a ser, aunque en la realidad nunca lo fueron para las clases populares, unos nidos cálidos, seguros, previsibles, aún a costa de aceptar que para ello se discrimine a otros conciudadanos y conciudadanas en función de su diferencia, de su origen nacional o de la religión que profesan.



15 abril 2014

agustín unzurrunzaga **apuntes 81**